

PRIMER PREMIO: RAÚL CLAVERO BLÁZQUEZ

Me da un abrazo como de madriguera o de regreso al hogar.

-¡Eres tú! ¡Eres tú! – gimotea -, todos decían que no, pero yo estaba segura de que volvería a verte.

Tras unos segundos, un hombre joven se acerca corriendo a nosotras y nos separa.

-Discúlpela – me susurra al oído -. Hace cuarenta años perdió el contacto con su hija y al verla a usted ha creído reconocerla.

-¡Ven! ¡Vuelve conmigo a casa!– me grita ella mientras el hombre se la lleva a rastras. Después, de su paso por el parque tan sólo queda una nube de polvo como único testigo. Partículas de arena en suspensión que flotan unos instantes para caer finalmente sobre las huellas que el hombre y la mujer dejaron al marcharse. Cae la arena sobre las huellas, llenándolas hasta cubrirlas por completo, hasta hacerme dudar de si existieron realmente. Nadie más ha visto la escena. Estoy sola. Sé que es imposible, pero siento que de nuevo se me abren las heridas cicatrizadas de la espalda. Estoy sola, otra vez, y apenas hay monedas en mi plato.

Es un par de semanas más tarde cuando el hombre se acerca de nuevo a mi banco. Sonríe e inclina la cabeza en una reverencia de otro tiempo, de otro lugar.

-¿Se acuerda de mí? – me pregunta.

Asiento sin abrir la boca. Le miro. Tiembla levemente, como el labio de un condenado a muerte que se negara a llorar en el cadalso.

-Le va a parecer una locura – continúa -, pero necesito pedirle un favor.

-¿Sí?

-Verá, desde que nos encontráramos el otro día, la señora Márquez ha estado muy alterada. Insiste en decir que usted es su hija y me ha pedido que venga a buscarla. Hasta ahora me había negado, pero en las últimas horas ha empeorado mucho. Es muy mayor, ¿sabe?

-¿Usted es su enfermero?

-Su asistente personal, en realidad.

-¿Y qué es lo que quiere de mí?

-Me gustaría que usted se hiciera pasar por la hija de la señora Márquez. Se lo ruego. No tendría que fingir demasiado tiempo. Está verdaderamente mal. No creo que pase de esta noche. Por supuesto le pagaré lo que me pida por sus servicios – añado al ver mis brazos cruzados -. ¿Cuánto quiere? ¿Cien euros? ¿Doscientos?

Extiende unos cuantos billetes hacia mí y los cojo al vuelo, antes de que se arrepienta.

En la casa, el olor enmohecido y la penumbra me asemejan enseguida el dormitorio a la bodega de un barco. Navegamos. Y sólo hay un destino posible.

-Está muy sedada – me aclara el hombre. Me acerco a ella. La beso en una mejilla. Abre los ojos desmesuradamente. Enreda sus dedos alrededor de mis muñecas. Supongo que en este momento soy una especie de fantasma del pasado.

-Hija – dice con un hilo de voz -, hija... yo... yo quiero pedirte perdón. Perdóname... Debí creerte. Tu padre era muy bruto pero nunca pensé que sería capaz de hacer lo que hizo. Yo... yo lo siento. Hija... Yo...

Cierra los ojos de nuevo. Sus manos caen como pájaros muertos en su regazo. Su respiración se vuelve más profunda y silbante, es el gemido de una criatura abisal o de un edificio en ruinas a punto de vencerse. A nuestro alrededor el silencio se espesa hasta levantar un muro que nos separa del mundo exterior.

-Su hija se marchó de casa cuando era una adolescente – dice el hombre apartándose hacia una de las esquinas -. Dejó una nota para despedirse y no volvió a dar señales de vida. La señora Márquez nunca lo superó. Al menos ahora, gracias a usted, podrá descansar tranquila. Es un detalle que haya aceptado venir aquí. De verdad, no encuentro las palabras para expresarle lo que esto significa.

Tengo ganas de gritar, de vomitar, de romper algo. Noto como laten las muescas de carne abultada que me adornan las caderas. El zumbido de un enjambre del tamaño de una catedral se apodera de mis oídos. Un llanto que no brota se me extiende por el cuerpo, me llena de grietas, me cubre de escombros. Me ahogo. He de salir de este cuarto. Le pregunto al hombre donde está el baño. “A la izquierda”, me dice. Salgo al pasillo, pero voy a la derecha. Camino. Rozo con mis nudillos la pintura de la pared. Llego a la última puerta. Tomo el picaporte. No puedo evitarlo, siento demasiada curiosidad. Necesito saber si mi habitación sigue igual a como la dejé.

Seudónimo: Voynich